

Notas sobre la cuestión étnica

Rodolfo Stavenhagen

LA CUESTIÓN ÉTNICA OCUPA CON frecuencia la primera plana de los periódicos; nadie ignora que constituye un elemento fundamental de las luchas sociales de nuestra época y que se encuentra estrechamente vinculada a los problemas del orden político estatal y a los de la guerra y la paz. Sin embargo, en las ciencias sociales existe aún bastante confusión acerca de esta cuestión, y en general puede decirse que en las últimas décadas éstas se han dedicado poco a ella. Este es el caso de las disciplinas que se han ocupado de los aspectos del desarrollo y del subdesarrollo, y ello es tanto más sorprendente cuanto que la cuestión étnica se plantea cada vez con mayor agudeza en los países del Tercer Mundo.¹

La preocupación por los problemas de los grupos étnicos, particularmente de las minorías, no es nueva; los políticos y los estadistas tienen que enfrentarlos con frecuencia. Recuérdese

¹ Por cuestión étnica entendemos, para los fines de este ensayo, la problemática social y política que se plantea en un país cuando un grupo humano, cualquiera que sea su tamaño en números absolutos o relativos, se relaciona con otros grupos semejantes y con el Estado en función de sus características étnicas reales o supuestas, entendiéndose por características étnicas los elementos raciales, culturales, lingüísticos, religiosos o nacionales que, ya sea en conjunto o aisladamente, dan identidad al grupo y lo distinguen de los demás; y cuando tales grupos tienen la capacidad, o simplemente el potencial, de organizarse políticamente para la defensa de sus intereses étnicos.

legó a dominar el pensamiento relativo a los problemas del desarrollo en las décadas de los sesenta y setenta, se encuentra implícito el juicio de valor de que la sociedad moderna a la que habían de aspirar los países atrasados sólo podía ser alcanzada si éstos seguían al pie de la letra determinadas estrategias de cambio económico y social. El modelo de nuestro futuro nos estaba dado por los países industrializados.

Por aquellos años se identificaban también los llamados obstáculos para el cambio: las instituciones sociales tradicionales de los países no occidentales, la cultura no occidental, la economía no monetaria, la falta de espíritu empresarial, los valores de tipo particularista y no universalista, el peso de las relaciones de parentesco o de compadrazgo y, en general, las estructuras familiares y religiosas, etc. Todo lo que no se conformaba a una visión de la sociedad moderna dada por Europa occidental o los Estados Unidos era considerado como un obstáculo para el desarrollo, y debía ser removido lo más rápidamente posible. El crecimiento y el desarrollo económico serían alcanzados, se decía, mediante la introducción de innovaciones y el cambio cultural dirigido. Se afirmaba que, dadas ciertas condiciones identificadas por los teóricos y los expertos, los países subdesarrollados despegarían hacia el crecimiento autosostenido (un concepto que estuvo muy de moda en los años sesenta).⁴

Esta teoría de la modernización o del desarrollo (con todas sus numerosas variantes y matices) se vincula directamente con la cuestión étnica. En efecto, en la medida en que el desarrollo económico se identificaba con la industrialización, resultaba relativamente fácil identificarlo también con la raza blanca, la civilización occidental, la democracia liberal, la religión cristiana, la herencia grecorromana, etc., y no faltaban quienes atribuían a factores raciales primero, y a elementos étnicos después, la supuesta incivilización, el atraso económico y el subdesarrollo. La expansión colonial de Europa estuvo acompañada de la ideología racista que llegó incluso a transformarse en ideología de Estado en países tan dispares como la República Sudafricana, los Estados Unidos y la Alemania nazi. La interpretación racial del desarrollo ha sido ampliamente desacreditada en años recientes, no sin antes (y tal vez por ello mismo) haber causado millones

⁴ Véase, por ejemplo, Walt W. Rostow, *Las etapas del crecimiento*, México, CE, 1961.

miento del capitalismo en Europa.⁸ En Japón se atribuye un papel semejante al movimiento religioso Shingaku, que surgió durante el periodo Tokugawa.⁹ En cambio, se ha afirmado que ciertos sistemas de valores religiosos (como el hinduismo) constituyen un obstáculo para la secularización y racionalización necesarias para el desarrollo económico contemporáneo.¹⁰

El economista alemán Sombart vinculaba a los judíos con la historia del capitalismo en Europa,¹¹ y otros autores se refieren a los judíos como una "clase étnica".¹² En América Latina se ha señalado con frecuencia el papel empresarial de los protestantes. En la India, los siks y los parsis han desempeñado un papel económico innovador. En África oriental se dice que los inmigrantes del subcontinente indio juegan un papel económico particular, y hace algunos años, cuando muchos indios fueron expulsados de Uganda, la economía de este país sufrió considerablemente. Un papel semejante lo desempeñan los chinos en diversos países del sureste asiático. También se ha mencionado el rol de los comerciantes siriolibaneses en África subsahariana. A pesar de tantas referencias a los factores étnicos y religiosos en el desarrollo económico, por lo general la teoría económica (y particularmente la teoría del desarrollo) no parece disponer de elementos e instrumentos teóricos para incorporar estos factores en sus modelos analíticos.¹³

Si una visión "secular" (en contraste con una visión "sagrada") del mundo se considera importante para impulsar el desarrollo, también hay otros factores culturales a los cuales se

⁸ El tratamiento sociológico clásico es el de Max Weber, *El protestantismo y el espíritu del capitalismo*. Un enfoque histórico lo proporciona R. Tawney en *La religión y el orto del capitalismo*. Para un análisis contemporáneo de la "tesis" de la ética protestante, véase S. N. Eisenstadt (ed.), *The Protestant Ethic and Modernization*, New York, Basic Books, 1968.

⁹ Robert N. Bellah, *Tokugawa Religion*, Glencoe, The Free Press, 1957.

¹⁰ Max Weber, *The Religion of India: The Sociology of Hinduism and Buddhism*, Glencoe, The Free Press, 1958. Otros estudiosos han seguido la misma línea.

¹¹ Werner Sombart, *The Jews and Modern Capitalism*, New York, Collier Books, 1951.

¹² Abraham León, *La conception matérialiste de la question juive*, París, EDI, 1968.

¹³ Esto lo han reconocido algunos economistas contemporáneos, tales como Fred Hirsch, en *Social Limits to Growth*, Cambridge, Harvard University Press, 1976 (A Twentieth Century Fund Study), quien escribe: "El análisis económico moderno ha mantenido la religión firmemente fuera de la esfera económica y con ello ha oscurecido el papel que ha desempeñado en el sistema económico." (pp. 138.)

de muertes en el peor holocausto de la historia humana —el genocidio de judíos y gitanos perpetrado por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de ello, sería prematuro afirmar que el racismo (como elemento supuestamente explicativo del desarrollo) haya desaparecido. Por el contrario, vuelve a surgir con una apariencia más sutil como, por ejemplo, en las diversas corrientes psicologistas que se ocupan de los procesos culturales. Así, se afirma que ciertos grupos raciales o nacionales o étnicos tienen mayor facilidad para el pensamiento lógico o racional (léase: son más aptos para el desarrollo económico).⁵ En apoyo de estas tesis se proporcionan resultados de encuestas y *tests* psicológicos y se visten con un ropaje científico. Una nueva variedad de esta orientación es la sociobiología, que sostiene que el comportamiento de los grupos humanos es el resultado de su dotación genética y que la conducta social de los individuos tiende a mejorar y maximizar la reproducción de sus genes. Se infiere entonces que si el mejoramiento genético es la fuerza motriz de toda actividad humana, los individuos exitosos —y por extensión, las sociedades desarrolladas— deben su éxito a una feliz combinación de genes. Combinación que puede ser el resultado de una selección no necesariamente fortuita.⁶

Las teorías racistas, psicologistas y biologists de las transformaciones sociales han sido científicamente rebatidas, y sin embargo siguen siendo esgrimidas en las discusiones sobre el desarrollo y el subdesarrollo.⁷ Más ampliamente difundidas y aceptadas son las teorías que atribuyen a factores netamente culturales los logros y fracasos relativos al campo del desarrollo económico. Estas teorías se encuentran en la raíz de la idea del proceso de modernización. El ejemplo más conocido es el que se refiere al papel de la religión. Así, por ejemplo, el protestantismo ha sido vinculado por sociólogos e historiadores al surgi-

⁵ Para un análisis crítico de algunas tendencias contemporáneas, véase, entre otros, UNESCO, *Racisme, science et pseudoscience*, 1982; James M.-Lawler, *El mito de la herencia y la raza*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1982; Martin Barker, *The New Racism*, London, Junction Books, 1981; Michael Billis, *L'Internationale Raciste*, París, Maspéro, 1981.

⁶ El debate en torno de la sociobiología puede consultarse en: Ashley Montagu (ed.), *Sociobiology Examined*, Oxford University Press, 1980; y Arthur L. Caplan, *The Sociobiology Debate*, Harper and Row, 1978.

⁷ Para un análisis crítico véase UNESCO, *Sociological Theories: Race and Colonialism*, 1980.

atribuye, en el marco de la teoría de la modernización, un papel predominante. Así, por ejemplo, lo que se ha llamado el “familismo” (la familia extensa, las redes de relaciones y obligaciones de tipo familiar que limitan o impiden la movilidad social del individuo) es considerado con frecuencia como obstáculo para el cambio y el desarrollo. La supuesta ausencia de un espíritu de empresa, la preeminencia de los intereses de grupo (comunitarios, tribales, étnicos, etc.) sobre las ambiciones del individuo, también se consideran como frenos a la modernización y el desarrollo, así como las economías de prestigio descritas por los antropólogos. Ciertas culturas, ciertos grupos sociales o étnicos con valores e instituciones culturales específicas, son considerados más o menos aptos, más o menos dispuestos, más o menos capaces de emprender esa gran tarea de nuestro siglo, el desarrollo (que no se distingue mucho de la vieja noción decimonónica de “progreso”). Y ello ha conducido a definir el desarrollo como un amplio proceso histórico de cambio cultural e institucional, siempre apuntando hacia el modelo de la sociedad occidental.

En la medida en que la teoría de la modernización atribuye un valor diferencial en el proceso de desarrollo a distintas manifestaciones de la cultura, en esa misma medida los grupos culturales que no se apegan al modelo ideal o a las normas deseadas o impuestas, serán necesariamente considerados como refractarios, reaccionarios, disidentes, subversivos o marginados (según el caso). Vemos, en consecuencia, que el tipo de teoría sobre el desarrollo que se maneja puede tener implicaciones directas para la situación y las condiciones de existencia de determinados grupos étnicos. Y sin embargo, las teorías contemporáneas sobre el desarrollo se refieren poco a la dinámica de los grupos étnicos.

La teoría política

Lo mismo puede decirse con respecto a la ciencia política. La teoría política liberal, por ejemplo, se basa esencialmente en la relación entre el individuo y la sociedad política (o la *polity*, como se dice en inglés). Aquí el individuo está, por así decirlo, desnudo, se despoja de sus diversos atributos étnicos y culturales. “Libertad, igualdad, fraternidad”. “Un hombre, un voto”. Estas son las consignas de los sistemas políticos liberales democráticos

modernos. En realidad, estas consignas representan un enorme logro de la humanidad a través de la historia, son el resultado de largas luchas, de conflictos infinitos y de grandes sacrificios por parte de muchas generaciones. Han implicado no solamente la abolición de la esclavitud y de la servidumbre, sino también la eliminación (al menos en el papel) de diversas limitaciones políticas impuestas a determinadas categorías sociales por motivo de origen, raza, sexo, lengua, religión, propiedad o educación. En Europa fue eliminada la distinción entre nobles y plebeyos. En América, a raíz de la independencia, los indígenas eran considerados legalmente en pie de igualdad con los criollos y los mestizos. En Alemania y Francia fueron emancipados los judíos a principios del siglo XIX. En los Estados Unidos los negros obtuvieron igualdad de derechos solamente hace algunos años. En la India, los descastados recibieron la igualdad jurídica a raíz de la independencia. En realidad, estas consignas liberales y democráticas significan la progresiva extensión de los derechos de ciudadanía a la sociedad entera y la eliminación de privilegios hereditarios y jerárquicos. Pero es bien sabido que la plena igualdad de derechos está aún muy lejos de haber sido alcanzada en muchos países, incluso en algunas sociedades industriales que se precian de ser modelos de democracia.

La lucha por la igualdad de derechos y contra toda forma de discriminación y exclusión de ciertos grupos sociales, basada en criterios raciales, religiosos o étnicos, ha vacunado, por decirlo de alguna manera, a la teoría política moderna en contra de enfoques que se ocupan de estos grupos como tales, y ha colocado al ciudadano individual en el centro preciso de su atención. Y ello, a su vez, ha tenido impacto en la dinámica social y política de tales grupos. Tomemos como ejemplo la América Latina. Bajo la influencia de la Ilustración y de las revoluciones francesa y norteamericana, la mayoría de los países latinoamericanos concedieron igualdad de derechos a sus poblaciones indígenas después de la independencia. Pero, curiosamente, esto condujo en la mayoría de los casos a una mayor explotación y opresión de los indios, quienes ya no contaban con la legislación protectora y tutelar anterior. En los Estados Unidos la discriminación contra los negros ha sido combatida en nombre de las libertades individuales y de la igualdad de oportunidades para todos, que es la base de la ideología política norteamericana. Pero en la

meritocracia que de ello surgió, la minoría negra, así como otras minorías étnicas y culturales discriminadas y marginadas, se vieron en franca desventaja frente a la mayoría de origen anglosajón, y se dieron cuenta de que no iban a poder alcanzar en mucho tiempo la efectiva igualdad de derechos y oportunidades que legalmente les había sido otorgada. Por consiguiente, en la actualidad, estas minorías luchan por la instauración de un sistema de cuotas en la educación superior, en los empleos, en los puestos federales, etc., que les garanticen una real igualdad de acceso a los beneficios de la sociedad de consumo. Pero un sistema de cuotas es combatido por los ardientes defensores de la ideología política liberal. En cambio, un sistema de cuotas por nacionalidades en la educación superior en la Unión Soviética ha perjudicado a la minoría judía, que por razones históricas ha estado representada solamente de manera proporcional en la intelectualidad de aquel país.

Estos ejemplos muestran algunos de los problemas y equívocos que se presentan cuando se analizan los derechos individuales en contraste con los derechos de los grupos. La ciencia política contemporánea no ignora, por cierto, a los grupos. Por el contrario, ha desarrollado algunas teorías importantes en relación con los partidos políticos, la articulación de intereses colectivos, las coaliciones electorales, etc. Pero estas teorías están vinculadas más a agregados funcionales, como las categorías ocupacionales, los consumidores o los partidos clasistas, que a comunidades étnicas, raciales o religiosas. En algunos países la legislación es clara y prohíbe la constitución de partidos políticos basados en criterios raciales o religiosos.

Diversas teorías del desarrollo político y social prestan atención específica al proceso de evolución de sociedades en las que los grupos y las lealtades están basados en la consanguinidad, el parentesco, la religión, la casta, etc., hacia sociedades con predominio de grupos más funcionales e instrumentales; en otras palabras, la evolución de la "adscripción" al "logro" como elemento fundamental para la clasificación de los individuos. Podemos recordar los importantes trabajos de Tönnies, Maine, Durkheim, Weber, Parsons y otros en este sentido. Pero en el marco de las orientaciones estructuralistas y funcionalistas hay poco lugar para el papel de los grupos étnicos. Estos son considerados como emisarios del pasado, como obstáculos para la modernización.

También aquí se consideran las lealtades étnicas como tradicionales, no racionales y aun conservadoras.

Los enfoques marxistas

Una alternativa a la filosofía política liberal y a la ciencia política estructural funcionalista lo constituye la economía política marxista. Aquí ya no es el individuo el que cuenta, sino el grupo. El actor político principal, la fuerza histórica por excelencia, es la clase social. La burguesía y el proletariado confrontan sus contradicciones históricas a escala mundial. La historia, como afirma el Manifiesto Comunista, es la historia de la lucha de clases. En la medida en que el mundo moderno está dominado por el modo de producción capitalista, en el cual las dos clases principales son la burguesía y el proletariado, en esa misma medida la historia moderna está caracterizada por la relación entre estas dos clases. El individuo es solamente un representante de su clase o bien es definido en términos de su relación con la lucha de clases fundamental de nuestro tiempo. Así, por ejemplo, el intelectual, el pequeño burgués, el campesino, etc., no pueden ser tomados como actores políticos independientes, sino que deben ser considerados en su relación con las clases sociales principales.

En los análisis marxistas el Estado y los partidos políticos (así como las instituciones corporativas aparentemente independientes de la estructura de clases, tales como el ejército y la Iglesia) no son más que instrumentos de ciertas clases o reflejan las relaciones de fuerza entre las clases. El Estado nacional moderno es la cristalización de la hegemonía de la burguesía. Las naciones, en general, representan la consolidación del poder de una clase social dominante sobre un espacio geográfico, económico y social determinado.

Entre los marxistas se ha dado desde hace muchas décadas una discusión acerca de la nación, la cuestión nacional y el nacionalismo. Esta discusión —que comenzó con Marx en los años cuarenta del siglo pasado y sigue en la actualidad— demuestra las dificultades que enfrenta el análisis marxista de las clases para integrar dichos conceptos. La discusión ha sido sobre todo política, pero también —aunque en menor grado— teórica. Hace ya casi un siglo y medio, Marx y Engels debatieron con sus contem-

poráneos acerca de la cuestión irlandesa.¹⁴ Hacia fines del siglo pasado y hasta la Primera Guerra Mundial, los socialdemócratas rusos, polacos, alemanes y austriacos (Kautsky, Lenin, Luxemburg, Bauer y otros austromarxistas) discutieron acerca del derecho de los pueblos a la autodeterminación con relación a la cuestión polaca, finlandesa y de los Balcanes.¹⁵ En la época actual, las divergencias entre marxistas con respecto a este tema son amplias. Se recordará, por ejemplo, que el Partido Comunista Francés no apoyó al principio la lucha de liberación del pueblo argelino. En los Estados Unidos, el Partido Comunista propuso en los años treinta una estrategia de "liberación nacional" para los negros, que después fue modificada.¹⁶ Los marxistas judíos del siglo pasado fueron antisionistas, pero posteriormente el sionismo incluía también una corriente marxista militante.¹⁷

El nacionalismo y el Estado nacional

Nación, Estado nacional, nacionalismo. Estos son conceptos de gran importancia en el mundo moderno. Vivimos en un mundo de naciones en el cual el nacionalismo como ideología y movimiento político ha sido una de las principales fuerzas motrices de la historia desde las revoluciones francesa y norteamericana. Algún autor escribió que los Estados Unidos eran la primera nación nueva.¹⁸ A principios del siglo XIX los países latinoamericanos siguieron el ejemplo de los Estados Unidos. La revolución francesa consagró la nación como la base soberana para todo

¹⁴ Karl Marx y Federico Engels, *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 72, 1979. Consúltense también: Ian Cummings, *Marx, Engels and National Movements*, London, Croom Helm, 1980.

¹⁵ Véase. G. Haupt, M. Lowy y C. Weill, *Les marxistes et la question nationale 1848-1914*, París, Maspero, 1974; Karl Marx y Federico Engels, *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 69, 1978; Varios, *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, Cuadernos de Pasado y Presente, núms. 73 y 74, 1978; Rosa Luxemburg, *La cuestión nacional y el desarrollo capitalista*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 81, 1979; María-José Aubert, *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1977.

¹⁶ Harry Haywood, *Negro Liberation*, New York, International Publishers, 1948; Stokely Carmichael and Charles V. Hamilton, *Poder negro*, México, Siglo XXI Editores, 1967.

¹⁷ José Luis Najenson, *Lenin, la cuestión judía y el bund*, Universidad Autónoma del Estado de México, 1980; Ber Borjov, *Nacionalismo y lucha de clases*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 83, 1979.

¹⁸ S. M. Lipset, *The first New Nation*, New York, Anchor Books, 1967.

poder político. En el siglo pasado, Italia y Alemania lograron su unificación nacional. En nuestra época, los movimientos de liberación nacional anticolonialistas han tenido por resultado el establecimiento de docenas de estados nuevos en África, Asia y el Caribe. Un concepto fundamental que surgió de la Primera Guerra Mundial y que no ha sido aún aceptado universalmente, es el de la autodeterminación de los pueblos, el derecho que tiene, o se atribuyen, de erigirse en estados independientes si así lo desean.¹⁹ Y sin embargo, como sucede con tanta frecuencia con los conceptos esenciales, la definición de "nación" es ambigua y esquiva. Existen docenas de definiciones de nación y cada una de ellas refleja las preferencias teóricas, políticas o ideológicas de su autor.

En la búsqueda de una definición general de lo que es "nación", la mayoría de los estudiosos subrayan la comunidad de lengua y cultura. Algunos agregan el territorio y la vida económica en común. Muchos autores consideran que una historia común y lo que pudiera llamarse una "memoria colectiva" constituyen un ingrediente esencial de una nación. Otros enfatizan el carácter nacional y otros más hablan de una voluntad común para vivir juntos y formar un gobierno. Los idealistas románticos alemanes del siglo XIX hablaban del *Volkgeist* o espíritu nacional, largamente reprimido, que encontraría su auténtica expresión en la constitución de un Estado moderno. El filósofo francés Renan consideraba que la nación existía en virtud de un plebiscito permanente y cotidiano.²⁰ Jawaharlal Nehru, el día de la independencia de la India, habló de este acontecimiento como el momento "en que el alma de la nación, durante tanto tiempo reprimida, encuentra su expresión".²¹

Otros estudiosos son más materialistas. Afirman que las naciones no existen antes que los estados y que es el Estado, como institución política y legal, como aparato ideológico, el que realmente crea la nación allí en donde sólo había anteriormente

19 Dov Ronen, *The Quest for Self-Determination*, New Haven, Yale University Press, 1979; Aureliu Cristescu, *El derecho a la libre determinación: desarrollo histórico y actual sobre la base de los instrumentos de las Naciones Unidas*, New York, Naciones Unidas, 1981.

20 Anthony D. Smith, *Theories of Nationalism*, London, Duckworth, 1971; Boyd C. Shafer, *Faces of Nationalism*, New York, Harcourt Brace, 1974.

21 Citado por Rajni Kothari, en *Politics in India*, New Delhi, Orient Longman Ltd., 1970.

grupos étnicos.²² Este pudiera ser el caso de Francia, en donde los reyes fueron extendiendo su poder desde el centro, a través de los siglos, y durante ese proceso crearon la nación francesa que antes no había existido. También puede ser el caso de América Latina, después de su independencia, y del África independiente, en donde, si podemos hablar acaso de naciones, éstas surgen como consecuencia de la formación de los estados y no como su condición previa.

Esta distinción es importante, porque cuestiona, basándose en la evidencia empírica, la suposición generalmente aceptada de que la nación y el Estado son una misma cosa, o cuando menos deberían serlo.²³ De hecho, existen estados nacionales que están constituidos en su gran mayoría por un solo grupo homogéneo (tales como Japón y Portugal).²⁴ Existen estados multinacionales, como la Unión Soviética y Yugoslavia, que consagran en sus leyes los derechos de sus distintas nacionalidades. Y también existen naciones sin Estado (tales como los palestinos y los kurdos, y algunos dirían que los vascos), así como naciones divididas entre varios estados (tales como los alemanes y los coreanos). Sin embargo, nuestro pensamiento político, contemporáneo parece estar basado en el concepto del Estado nacional. ("A cada nación su Estado, en cada Estado una nación", frase atribuida a Napoleón.)

Vivimos en una época de estados nacionales. Estos son los ladrillos del sistema internacional. Como individuos, cada uno de nosotros puede ser muchas cosas, pero desde muy temprana edad en nuestra vida aprendemos que ante todo somos nacionales de tal o cual país, incluso es un insulto decirle a alguien "apátrida". En muchas partes del Tercer Mundo se considera hoy en día que el desarrollo es sobre todo una tarea de construcción nacional, de *nation building*. De hecho, el concepto de construcción nacional es un concepto clave en la ciencia política contemporánea, particularmente cuando se refiere al desarrollo político.

²² Véase, por ejemplo, Mario Albertini, *L'Etat national*, Lyon, Fédérop, 1978.

²³ Para una discusión crítica de este problema, véase Walker Connor, "A nation is a nation, is a state is an ethnic group is a . . .", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 1, núm. 4, octubre 1978.

²⁴ También Japón tiene problemas con sus pequeñas minorías étnicas: la antigua casta de los buraku, los indígenas aunú, y los inmigrantes de Okinawa y Corea. *Consúltese*, entre otros, *The Road to a Discrimination-Free Future*, Osaka, Buraku Kaiho Kenkyusho, 1983.

Incluye ciertos elementos esenciales, tales como la movilización social, la construcción de instituciones, la articulación de intereses y otros, pero para nuestros propósitos resulta de particular importancia el concepto de "integración nacional". En efecto, este concepto es considerado por algunos autores de importancia aún mayor que el de desarrollo económico.²⁵ La integración nacional con frecuencia es identificada con la idea de la homogeneidad étnica de la población nacional. En todo caso, la mayoría o el grupo étnico dominante se identifica con la nación, e identifica la nación con su propio grupo.²⁶

En las sociedades heterogéneas desde el punto de vista étnico (que de hecho constituyen la mayoría de los estados en el mundo), esta concepción conduce con frecuencia al dominio de un grupo étnico sobre otro u otros. A este sistema lo podemos llamar etnocracia.²⁷ En aquellos países en que la etnia dominante es también mayoría numérica, las relaciones entre los grupos étnicos se califican a veces como problemas de minorías nacionales o culturales.²⁸ En los Estados Unidos existe una mayoría blanca (denominada WASP, de *white, anglo-saxon, protestant*) que proporciona el modelo cultural ideológico dominante, y todos los demás grupos sociales son minorías (ya sea que se trate de inmigrantes, descendientes de esclavos negros o de los habitantes indígenas conquistados). Actualmente los WASPs están preocupados porque las minorías (negros, hispanoparlantes, orientales) pueden llegar a ser mayoría demográfica en el futuro. En la India, los hindúes constituyen la gran mayoría de

²⁵ Por ejemplo, para la India Rajni Kothari escribe: "Politics in India thus is preeminently the politics of integration, where the problem of development is taken as a necessary and urgent objective, but one that is not sufficient for effective nationhood. . .", *ob. cit.*, p. 4.

²⁶ Un precursor del indigenismo en México, Moisés Sáenz, escribía en 1939: "México cuenta con elementos de nacionalidad de primer orden. . . el proceso de unificación material y espiritual, que yo llamo integración, debe abarcar, tanto la suma de las unidades constituyentes como la compenetración de sus cualidades esenciales, para crear un todo armónico; mientras tal cosa no suceda, no se puede, con justeza, afirmar que México sea de verdad una nación. . . El ideal es un México íntegro, no únicamente por su unidad material y política, sino también por la homogeneización racial, por la comunidad espiritual, y por la calidad ética." *México íntegro*, SEP-80, 1982 (primera edición 1939), p. 13.

²⁷ Th. Veiter, *Nationalitätenkonflikt und Volksgruppenrecht im 20. Jahrhundert*, vol. I, Munich, 1977.

²⁸ Véase por ejemplo, E. K. Francis, *Interethnic Relations. An Essay in Sociological Theory*, New York, Elsevier, 1976; B.E. Segal, *Racial and Ethnic Relations*, New York, Crowell, 1972.

la población, y sin embargo algunos hindúes expresan el temor de llegar a ser minoría en su propio país.²⁹

En algunas etnocracias, el grupo étnico dominante es una minoría numérica. Cuando se trata de la clásica situación colonial (como sucedió en Argelia, por ejemplo), entonces existen las condiciones para una lucha de liberación nacional, y se aplican fácilmente los criterios internacionales aceptados para la autodeterminación.³⁰ En algunos países latinoamericanos (particularmente en Bolivia y en Guatemala) la minoría dominante la constituyen los blancos y los mestizos y la mayoría, los indígenas. Los primeros identifican la nación consigo mismos, mientras que los últimos cuestionan cada vez más el modelo existente de Estado nacional.³¹

La idea más corriente de nación tiende a rechazar el pluralismo étnico. Las etnias que se consideran como naciones tienen la tendencia histórica a constituirse en estados y esto, por supuesto, no es del agrado de las etnias dominantes que controlan los espacios territoriales correspondientes. La discusión acerca de cuáles han de ser los criterios para que un grupo étnico sea considerado como nación y una nación tenga el potencial para constituirse en Estado, sigue tan vigente actualmente como en el siglo pasado, cuando Engels fustigaba a los esclavos como naciones sin historia que no tenían capacidad de erigirse en Estado. La propia historia, claro está, lo ha desmentido.³²

Las luchas nacionales desmembraron el imperio austrohúngaro multinacional y condujeron a la balcanización de Europa sudoriental, mediante la constitución de nuevos estados nacionales. Durante el periodo entre las dos guerras mundiales, los conflictos ocasionados por las minorías nacionales existentes en unos y otros de estos estados constituían una de las preocupaciones de la comunidad internacional.³³ El temor a la “balcani-

²⁹ Nirman Mukerji, artículo en el semanario *Seminar*, Delhi, enero, 1982.

³⁰ Véase Héctor Gros Espiell, *El derecho a la libre determinación: aplicación de las resoluciones de las Naciones Unidas*, New York, Naciones Unidas, 1979.

³¹ Consultéense algunos de los materiales publicados en la revista *Civilización*, México (CADAL-CEESTEM), núm. 1, 1983.

³² K. Marx y F. Engels, *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 69, 1980; Roman Rosdolsky. *El problema de los pueblos “sin historia”*, Barcelona, Ed. Fontanara, 1981.

³³ P. de Azcárate, *League of Nations and National Minorities*, Washington Carnegie Endowment for International Peace, 1945; Inis L. Claude Jr., *National Minorities, and International Problem*, Cambridge, Harvard University Press, 1955.

zación” sigue asustando a los “constructores de naciones” en todo el mundo. En cambio, la Unión Soviética y, posteriormente, Yugoslavia reconocieron la existencia de varias nacionalidades en el marco de sus fronteras nacionales. La distinción entre “nacionalidad” y “nación” se utiliza con frecuencia en los países socialistas pero no es generalmente aceptada en Occidente.³⁴ Desde el retorno de la democracia en España se habla ahora de diversas nacionalidades en ese país.³⁵

Por lo general, sin embargo, la integración nacional, entendida como un proceso de homogeneización étnica y cultural de la población, ha sido la fuerza motriz de la “construcción nacional”. En Europa, los ejemplos más claros son Francia, Gran Bretaña y España. En estos países, un grupo étnico que llegó a ser dominante históricamente ha tratado de imponer su propia cultura a los demás grupos y se ha identificado a sí mismo con la nación. En este proceso, Francia parece haber sido más exitosa que España y Gran Bretaña. Sin embargo, en los tres estados los grupos étnicos (naciones) minoritarios y dominados se han rebelado contra este esquema.³⁶ En la Unión Soviética, a pesar del reconocimiento formal de la multinacionalidad, la nacionalidad rusa ha logrado imponerse sobre las demás y los observadores hablan de un proceso de rusificación.³⁷ En los Estados Unidos, país de inmigrantes por excelencia, la integración nacional ha tomado la forma de asimilación: el famoso concepto de *melting pot*, que está siendo cuestionado cada vez con mayor insistencia por las minorías étnicas norteamericanas.³⁸

El nacionalismo, considerado en este contexto como un mo-

³⁴ Cfr. G. Glezerman, *Classes and Nations*, Moscow, Progress Publishers, 1979.

³⁵ Véase Carlos Gispert y Josep Ma. Prats, *España: un Estado plurinacional*, Barcelona, Editorial Blume, 1978.

³⁶ Para Francia, véase, por ejemplo, Robert Lafont, *La revendication occitane*, París, Flammarion, 1974; Alain Touraine et al., *Le pays contre l'Etat*, Paris, du Seuil, 1981; William R. Beer, *The Unexpected Rebellion: Ethnic Activism in Contemporary France*, New York, New York University Press, 1980. Para España véase Gispert y Prats, *ob. cit.*, y Juan Beneyto, *Las autonomías, el poder regional en España*, Madrid, Siglo XXI, 1980. Para Gran Bretaña, véase Michael Hechter, *Internal Colonialism. The Celtic Fringe in British National Development, 1536-1966*, Berkeley, University of California Press, 1975; Colin H. Williams (ed.), *National Separatism*, Vancouver, University of British Columbia Press, 1982.

³⁷ Helène Carrère d'Encausse, *L'empire éclate*, Paris, Flammarion, 1978.

³⁸ Nathan Glazer and Daniel P. Moynihan, *Beyond the Melting Pot*, Cambridge, The MIT Press, 1963; Mark R. Levy and Michael S. Kramer, *The Ethnic Factor*, Simon and Schuster, 1972.

vimiento hacia la integración nacional basada en la homogeneidad étnica de la población, ha conducido con frecuencia al racismo como ideología nacional. El ejemplo clásico de la historia contemporánea, por sus consecuencias desastrosas para Europa y la humanidad, es el de la Alemania nazi. Hasta hace pocos años el racismo fue ideología oficial en los Estados Unidos. Hoy en día lo sigue siendo en África del Sur. Sin que se diga oficialmente, existe también en Japón, en Australia, en Inglaterra, en Suiza y en otros países. No existe nacionalismo que esté inmune al racismo, pero los dos fenómenos no son desde luego idénticos.³⁹

Vivimos en una época de estados nacionales. Existen más de 150 países independientes, miembros de la Organización de las Naciones Unidas. Tal vez en los próximos años habrá algunos más (Namibia, Palestina, Sahara Occidental y otros), pero seguramente existe un límite para el número de estados nacionales en el sistema internacional. Pero hay muchos más grupos étnicos o etnias que estados nacionales. Según diversas estimaciones y dependiendo de los criterios que se utilizan para definirlos, hay en el mundo entre tres mil y seis mil etnias.⁴⁰

Las ideologías nacionales que subyacen en la constitución de los estados nacionales y que constituyen la fuerza motriz del proceso de construcción nacional representan un poder unificador y movilizador. El nacionalismo proporciona propósito y voluntad política, ayuda a organizar la economía y la administración, moviliza la lealtad de los individuos hacia los fines del Estado, legitima el dominio de la clase social dominante que generalmente, en nuestra época, es la burguesía. Pero en muchos países recién independizados, la ideología nacionalista es también un poderoso instrumento en manos de coaliciones revolucionarias o de nuevos grupos de poder que no representan necesariamente una sola clase dominante.⁴¹ El “interés nacional”, la “unidad nacional”, la “seguridad nacional”, son conceptos poderosos utilizados por los grupos dominantes y los gobiernos como consignas para movilizar el apoyo de la población a su política, o bien para contrarrestar agresiones reales ó supuestas

³⁹ Anthony D. Smith, *Nationalism in the Twentieth Century*, Oxford, Martin Robertson, 1979.

⁴⁰ Roland Breton, *Les ethnies*, Paris, Presses Universitaires de France, Coll. Que Sais-Je? Núm. 1924, 1981.

⁴¹ Cfr. Hugh Seton-Watson, *Nations and States*, London, Methuen, 1977.

dio original. Australia ha hecho lo mismo con sus propios aborígenes. La lista podría alargarse.⁴⁶

Mientras que todo el mundo ha denunciado el genocidio y éste ha sido incluso declarado un crimen internacional (aunque se sigue practicando impunemente de vez en cuando),⁴⁷ el etnocidio, en cambio, no tiene ningún *status* jurídico. Es cierto que existen diversas resoluciones internacionales que proclaman los derechos culturales de los miembros individuales de las minorías culturales, siendo el instrumento más importante el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos aprobado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1966. También es cierto que muchas constituciones políticas nacionales prohíben la discriminación basada en la raza, la religión, la lengua o el origen nacional. Pero sólo en muy pocos países las minorías étnicas disfrutaban de derechos culturales establecidos legalmente en su calidad de grupos étnicos. Hay aquí lugar para acciones legislativas nacionales e internacionales.⁴⁸

Así pues, el nacionalismo, que puede ser una fuerza revolucionaria, particularmente en las luchas por la liberación nacional, puede llegar a ser también una fuerza destructiva de los diversos grupos étnicos y culturales que pueblan el mundo. Y bien podemos preguntarnos si el Estado nacional, tal como evolucionó durante el siglo XIX y que ha servido de modelo para la mayoría de los estados modernos que en las últimas décadas accedieron a la independencia política, sigue siendo realmente útil. Esta pregunta, desde luego, ha sido planteada también con frecuencia desde otro punto de vista, a saber, el de la integración regional supranacional y del federalismo mundial. Desde el punto de vista del sistema internacional, el Estado nacional, tal como se concibe actualmente, y la ideología nacionalista son frecuentemente objeto de crítica. Una crítica igualmente válida puede hacerse

⁴⁶ Muchos casos de etnocidio han sido documentados por el Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA), con sede en Dinamarca, en informes y boletines especializados. Una labor semejante la realiza el Minority Rights Group, con sede en Londres, y la asociación Cultural Survival, con sede en Boston, EUA.

⁴⁷ La convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio fue aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1948. *Cfr. Derechos humanos: recopilación de instrumentos internacionales*, New York, Naciones Unidas, 1978.

⁴⁸ Francesco Capotorti, *Estudio sobre los derechos de las personas pertenecientes a minorías étnicas, religiosas o lingüísticas*, Naciones Unidas, 1979 (E/CN. 4/Sub. 1/384/Rev. 1).

de la ideología del Estado nacional desde el punto de vista de los múltiples grupos étnicos que hay en el mundo.⁴⁹

Esta discusión apunta hacia la dificultad de integrar las teorías del nacionalismo a la teoría del desarrollo si se rebasa el estrecho concepto del Estado nacional. Generalmente, la demanda por parte de las minorías nacionales de la autodeterminación, que en muchos casos —pero no siempre— se encuentra en la base de la formación de las naciones modernas, se considera como terminada, como cuestión cerrada, con la constitución del Estado nacional. Pero buena parte de la historia reciente demuestra que éste no es de ninguna manera el caso.

La cuestión nacional y la lucha de clases

Por lo general, una vez consolidado el Estado nacional moderno, la atención de políticos y politólogos se orienta más, y con mucha razón, hacia las cuestiones sociales y económicas. La problemática de las clases sociales tiende a suplantar la cuestión nacional. La lucha de clases ocupa el centro de atención, cuando menos en las sociedades capitalistas avanzadas. La lucha por la democracia industrial, por la igualdad económica, por el bienestar social y, en algunos casos, por la revolución socialista, llega a concentrar la atención de los teóricos y los militantes políticos, así como de los científicos sociales. Se reconoce que las divisiones entre clases sociales son más importantes que las divisiones étnicas y nacionales, y la problemática fundamental de la sociedad moderna se vincula a la estructura y los conflictos de clases sociales.

También en los países subdesarrollados, una vez lograda la independencia, los teóricos y los políticos han vinculado el desarrollo económico y social a la dinámica de los grupos socioeconómicos. Los empresarios, las clases medias, los trabajadores industriales, los campesinos y otros grupos han recibido su parte de atención. Se consideraba que las múltiples demandas de minorías nacionales o de grupos étnicos cuyos intereses no habían sido satisfechos con la constitución de los nuevos estados, desviaban la atención no sólo de los objetivos más o menos abstractos

⁴⁹ *Consúltese*, a este respecto, Mario Albertini, *L'Etat national*, Lyon, Federop; 1978.

de la construcción nacional, sino también de las tareas concretas de la lucha de clases. Se consideraba que tales demandas dividían al pueblo.

Las controversias que a este respecto han tenido lugar entre marxistas demuestran con claridad las dificultades aquí involucradas. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial las divergencias entre diferentes tendencias se hicieron manifiestas. Había quienes pugnaban ante todo por la liberación y la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas de los imperios zarista y austrohúngaro, y que querían establecer, en el marco del movimiento socialista, secciones nacionales de los partidos revolucionarios. Por el otro lado estaban quienes pugnaban sobre todo por la unidad de la clase obrera y de los partidos revolucionarios, y consideraban las demandas de tipo étnico y nacional como oportunistas, burguesas y contrarrevolucionarias. Se hablaba del nacionalismo burgués y del internacionalismo proletario. Se consideraba que los conflictos étnicos y culturales, la opresión racial o nacional (por ejemplo, el antisemitismo) desaparecerían luego de la revolución socialista. Por razones tácticas, el derecho a la autodeterminación de las naciones fue incorporado al programa bolchevique (incluso el derecho a la secesión). Después de la Revolución de octubre se consideró que esta cuestión estaba resuelta.⁵⁰ El modelo soviético de políticas de nacionalidades fue adoptado posteriormente por Yugoslavia y por China, y por lo general todos los países del bloque socialista tienen una legislación avanzada en lo que se refiere al respeto de los derechos de las minorías culturales. Sin embargo, la problemática étnica y nacional sigue vigente aún en estos países.⁵¹

Entre los marxistas de Occidente y del Tercer Mundo, la discusión sigue animada. Generalmente se afirma la primacía de la lucha de clases sobre cualquier otro tipo de conflicto social. Las demandas nacionales, étnicas, lingüísticas, religiosas o culturales de las minorías son ignoradas o relegadas a segundo

⁵⁰ Véase a este respecto: Horace B. Davis, *Towards a Marxist Theory of Nationalism*, New York, Monthly Review Press, 1978. Véase también V. I. Lenin, *The Right of Nations to Self-Determination*, New York, International Publishers, 1951. También puede consultarse: Varios, *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1978. Las polémicas entre Luxemburg y Lenin, Bauer y Kautsky son particularmente reveladoras.

⁵¹ Cfr. *L'Etat soviétique multinational*, Moscú, Editions du Progress, 1975; *China's Minority Nationalities*, San Francisco, Red Sun Publishers, 1977.

plano, cuando no se les rechaza abiertamente como reaccionarias o se les califica de contrarrevolucionarias. El paradigma que afirma que la principal línea divisoria del mundo moderno es la división en clases sociales, no parece estar equipado teóricamente para ocuparse de otros tipos de divisiones que pueden ser igualmente importantes, o incluso más importantes, en términos políticos y sociales bajo determinadas circunstancias.

Esta actitud ha conducido a los marxistas en alguna ocasión a errores de juicio importantes. Ya se mencionó la posición del Partido Comunista Francés ante la lucha por la independencia argelina. En Guatemala, durante muchos años los revolucionarios marxistas ignoraban el papel potencial del campesinado indígena y fueron fácilmente diezmados por los gobiernos militares. Esto ya no parece ser el caso actualmente.⁵² En la India, los partidos marxistas siguen adoptando posiciones diferentes con respecto a las demandas de los grupos lingüísticos y tribales por su autonomía y los requerimientos de la lucha de clases. En África, el análisis marxista por lo general niega la importancia del pluralismo étnico en los estados nuevos y concentra su atención en la formación de las clases sociales, por una parte, y la consolidación del Estado nacional, por la otra. En África, también en el Caribe, el análisis teórico del pluralismo étnico y cultural lo llevan a cabo más los científicos sociales funcionalistas que los marxistas. De hecho, el concepto de la "sociedad plural" o del "pluralismo" como ingrediente esencial de un gran número de sociedades complejas y heterogéneas, es propuesto por algunos teóricos como la alternativa del análisis marxista.⁵³ Hasta ahora ha habido pocos intentos por vincular las dos corrientes teóricas en el estudio de la cuestión étnica.⁵⁴

Los marxistas más ortodoxos tienden a considerar los problemas inherentes al pluralismo étnico como un vestigio de la época precapitalista que necesariamente desaparecerá con el desarrollo del capitalismo, en el cual todo se reduce al nexo mone-

⁵² Véase la revista *Polémica*, publicada bajo el patrocinio del Instituto Centroamericano de Documentación e Investigaciones Sociales (ICADIS), San José, Costa Rica. El número 3, enero-febrero 1982, está dedicado a la cuestión indígena en Guatemala.

⁵³ Cfr. Leo Kuper, M. G. Smith (comps.) *Pluralism in Africa*, Berkeley, University of California Press, 1971.

⁵⁴ Leo Kuper, "The Theory of the Plural Society, Race and Conquest", en *Sociological Theories: Race and Colonialism*, UNESCO, 1980.

tario, como dijera Marx. Se piensa, por otra parte, que en la sociedad socialista serán resueltos automáticamente estos problemas, porque en ella todos los grupos culturales o nacionales podrán desarrollarse libremente.⁵⁵

El etnodesarrollo

Es preciso reconocer que en años recientes ha resurgido la identidad étnica, la etnicidad, como fuerza movilizadora en todo el mundo, tanto en los países subdesarrollados como en los industriales. La etnicidad se ha constituido en un problema políticamente explosivo. Está relacionada con las candentes cuestiones de la paz y la guerra, con la armonía y el conflicto, con los movimientos sociales, con la estabilidad y la inestabilidad política y, por supuesto, con los derechos humanos; con el derecho de cada ser humano de hablar su propio idioma, creer en sus propias creencias, vivir en su propia cultura; con el derecho de cada grupo o comunidad étnica de disfrutar de su herencia cultural y de contribuir creativamente al desarrollo de su propia cultura; con el derecho a la participación política y a la autodeterminación; derechos todos éstos que se reconocen a los individuos y a los estados, pero no siempre a las colectividades étnicas.⁵⁶

¿Cuáles son las bases de la movilización étnica en nuestro tiempo? ¿Podemos distinguir claramente las demandas de tipo étnico de otro tipo de demandas al sistema político? De qué manera está relacionada la etnicidad con el proceso de desarrollo?

Algunos autores consideran que la identificación del individuo con su grupo étnico es alguna forma de vínculo primordial, incluso irracional, que existe universalmente.⁵⁷ Hay quienes afirman que este tipo de vínculos primarios del grupo étnico constituye un obstáculo para la construcción nacional, y que el desarrollo político requiere de su desmoronamiento y de la transferencia de lealtades del grupo étnico a la sociedad civil más amplia.⁵⁸ Otros consideran que estos vínculos primarios no constituyen

⁵⁵ G. Glezerman, *ob. cit.*, y varios, *Ethnocultural Processes and National Processes in the Modern World*, Moscow, Progress Publishers, 1979.

⁵⁶ Dov Ronen, *ob. cit.*

⁵⁷ Harold B. Isaacs, "Basic Group Identity: The Idols of the Tribe", en N. Grazer y D. P. Moynihan (comps.) *Ethnicity*, Cambridge, Harvard University Press, 1975.

⁵⁸ Esta es una de las premisas de las teorías de la modernización. Una buena

un obstáculo para la construcción de una sociedad global y que pueden coexistir perfectamente con los requerimientos de una nación moderna.⁵⁹ Es comprensible que la identificación y las lealtades étnicas vuelvan a ser relevantes en la sociedad moderna, en la que el individuo se encuentra cada vez más enajenado, ya sea en su lugar de trabajo o en la burocracia política. Esto nos permite explicar el resurgimiento de la etnicidad en, digamos, los Estados Unidos y Europa occidental. También es posible que la identificación étnica, la lealtad a una comunidad étnica, constituya un nivel intermedio de integración social entre el individuo y la sociedad política, en un mundo cada vez más enajenado y burocratizado.

Para algunos autores, la actividad de la etnicidad representa más que un retorno a sentimientos primordiales, una selección racional de acción política.⁶⁰ Se dice que las demandas étnicas son utilizadas por ciertos grupos sociales para la satisfacción de necesidades económicas o políticas que de otra manera serían muy difíciles de atender. Tal sería el caso, por ejemplo, del movimiento Akali de los siks en la India actualmente. O de los escoceses en Gran Bretaña, quienes pretenden un mayor control sobre la riqueza petrolera del Mar del Norte. En general, este tipo de movilización puede darse en situaciones en que hay una clara diferenciación entre mayorías y minorías étnicas en las democracias liberales, en las que las minorías culturales no podrán nunca romper el dominio de la mayoría por la sola vía electoral. En tal situación, la política étnica, o etnopolítica como también se le ha llamado, se transforma en una especie de política de presión y puede ser utilizada por las élites políticas de los grupos minoritarios en su lucha por obtener una mayor parcela de poder.⁶¹

introducción en el marco del paradigma estructural funcionalista es la D. E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago, The University of Chicago Press, 1965.

⁵⁹ Las diferentes corrientes que buscan otras estrategias de desarrollo ven incluso en los vínculos primarios y comunitarios una gran fuerza movilizadora; por ejemplo, el enfoque de las necesidades básicas y el del ecodesarrollo. Véase: Marc Nerfin (comp.) *Hacia otro desarrollo*, México, Siglo XXI, 1978; International Labor Office, *The Basic-Needs Approach to Development*, Ginebra, OIT, 1977; Ignacy Sachs, *Strategies del l'éco-développement*, Paris, Les Éditions Ouvrières, 1980.

⁶⁰ Véase Milton M. Gordon, "Toward a General Theory of Racial and Ethnic Group Relations", en N. Grazer y D. P. Moynihan, *Ethnicity*, ob. cit.

⁶¹ Joseph Rothschild, *Ethnopolitics, a Conceptual Framework*, New York, Columbia University Press, 1981.

Generalmente se acepta que en la raíz de muchas demandas étnicas se encuentran conflictos económicos, pero sería demasiado simple reducir todo el problema a una forma de lucha económica. Allí donde las minorías culturales son también grupos territoriales, como los indígenas en América, las *scheduled tribes* en la India, los bretones en Francia o los vascos en España, las demandas con frecuencia se refieren a mayor control sobre los recursos naturales o mayor autonomía (incluyendo, a veces, la autonomía política o el autogobierno o incluso la independencia), y en todo caso la autodeterminación.⁶² Allí donde los grupos étnicos no tienen base territorial sino que se encuentran esparcidos entre la población mayoritaria, las demandas étnicas pueden expresarse en términos más culturales o políticos que económicos o territoriales. Aquí se da con frecuencia la lucha del grupo étnico por el reconocimiento de su identidad cultural, y por una mayor participación en el poder político. En el primer caso se hallan las nacionalidades minoritarias de la Unión Soviética que carecen de una base geográfica (como los judíos); en el segundo, los muchos grupos étnicos de los Estados Unidos.

La activación de demandas étnicas como elección racional para la acción política puede servir a los intereses de un amplio segmento del espectro político. Los movimientos étnicos no son por naturaleza ni progresistas ni reaccionarios, sino que pueden tener cualquier signo, según las circunstancias y la dinámica social y política del momento.

Las organizaciones de minorías nacionales en países de Europa central, antes de la Segunda Guerra Mundial, eran principalmente de corte fascista. Actualmente, algunos de los movimientos étnicos de Europa occidental tienen vínculos con la extrema derecha, en tanto que otros se identifican con el movimiento revolucionario de izquierda en el mundo. En América Latina, así como en los Estados Unidos y Canadá, los movimientos étnicos de los pueblos indígenas rechazan el Estado capitalista, pero

⁶² Para la situación de las tribus en la India, véase el informe de Granshyam Shah, "Ethnic Minorities and Nation Building: Indian Experience", ponencia presentada en el Simposio sobre Minorías Étnicas y Estado Nacional, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, México, D.F., octubre 1982 (en prensa). Para América Latina, véase la obra colectiva: *Etnocidio y etnodesarrollo en América Latina*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, Costa Rica, 1982.

algunos se manifiestan igualmente críticos con respecto a la ideología marxista, tildando a ambos de productos del Occidente.⁶³

Cuando en el transcurso del desarrollo ciertas élites políticas son desplazadas o pierden posiciones de privilegio y poder, entonces suelen reaccionar en términos étnicos. Esto puede conducir a luchas y conflictos sociales, como se encuentran con cierta frecuencia en la India, en Malasia y en otros países asiáticos.⁶⁴ Se pueden citar muchos ejemplos de utilización (incluso manipulación) política de símbolos y lealtades étnicas, sobre todo en movimientos de tipo irredentista, como sucedió con los alemanes entre las dos guerras o con los italianos en el siglo pasado, es decir, los movimientos tendientes a integrar en un sólo Estado nacional a un grupo étnico o lingüístico que se encuentra disperso en estados nacionales distintos. Pero es importante reconocer que, aun en estos casos, siempre existen “vínculos primordiales” subyacentes que son movilizables bajo ciertas condiciones.

Si en la base de tantas demandas étnicas encontramos problemas de tipo económico, entonces ¿por qué no se expresan estos problemas simplemente en términos clasistas? Si las tribus en la India, o los indios en América, o los negros en los Estados Unidos, o los católicos en Irlanda del Norte son explotados económicamente, entonces, ¿no sería la lucha de clases y la organización clasista un mejor instrumento para la acción política que la movilización étnica? Esto es precisamente lo que algunos analistas afirman cuando sugieren que las demandas étnicas constituyen simplemente un caso de “falsa conciencia” o bien son utilizadas por élites interesadas para distraer la atención de los grupos oprimidos de sus auténticos intereses de clase —aun cuando éstos no sean bien percibidos por ellos mismos.⁶⁵ Hay mucho

⁶³ Véase Guillermo Bonfil, *Utopía y revolución*, México, Ed. Nueva Imagen, 1981; y el núm. 1 de la revista *Civilización*, CADAL-CEESTEM, 1983.

⁶⁴ Cfr. Judith Nagata, *Malaysian Mosaic*, Vancouver, University of British Columbia Press, 1979. Entre las dos guerras mundiales, las reformas agrarias realizadas por determinados estados de Europa oriental afectaron los intereses de la clase terrateniente de origen alemán. Esta pretendió defender sus intereses de clase, quejándose de ser víctima de persecución nacional y movilizó el apoyo del gobierno alemán. Véase, P. de Azcárate, *ob. cit.*

⁶⁵ Un caso dramático de actualidad lo constituyen los indios de la costa atlántica de Nicaragua (miskitos, sumos y ramas), cuyas legítimas demandas han sido manipuladas por el imperialismo en contra de la revolución sandinista, obligando al gobierno revolucionario a enfrentar claramente la cuestión étnica en el marco de su política de transformación social y económica. Véase Ministerio de Justicia, *Nicaragua y los derechos humanos*, Managua, mayo 1983 (el capítulo intitulado “Etnia y

de verdad en este enfoque, no cabe duda; pero me parece que es igualmente simplista reducir la etnicidad al fenómeno clasista, como lo es negar el factor clasista en tantas formas de lucha étnica.

Algunas veces, por cierto, los intereses de clase se defienden mejor a través de la etnopolítica que mediante la organización clasista. Los negros en los Estados Unidos, por ejemplo, creen que pueden mejorar su situación más eficientemente a través de la lucha política basada en la etnicidad que subordinando sus demandas étnicas a los intereses generales de clase. Esto no niega, por supuesto, la unidad básica de las demandas clasistas (por ejemplo, de la clase obrera industrial o de los campesinos), pero sería un error, a mi juicio, ignorar que existen divisiones étnicas y raciales dentro de las clases sociales en los Estados Unidos, como en otras partes. Y también es preciso reconocer que existen divisiones de clase entre muchas minorías en el mundo que plantean demandas étnicas en su conjunto, por ejemplo los vascos y los catalanes. Clase y etnia, así como clase y nación, son conceptos de orden distinto, que en la realidad se entrecruzan.⁶⁶

¿Son más fuertes los vínculos étnicos que los de clase, o viceversa? ¿Por qué y bajo qué condiciones? La etnicidad, la clase, la política y el Estado nacional están estrechamente interrelacionados. En este campo hace aún falta mucha investigación básica. Los políticos y los estadistas en todo el mundo tienen que enfrentarse a los factores étnicos en el proceso de desarrollo. Sin embargo, muchos de ellos prefieren ignorar el problema precisamente porque pueden cuestionar las premisas mismas del Estado nacional moderno. Este parece ser el caso de África, en donde la cuestión étnica es considerada muy delicada porque se encuentra vinculada a la artificialidad de las fronteras nacionales, heredadas de la época colonial, y a la cuestión de la legitimidad del poder del Estado. Y sin embargo, la cuestión étnica sigue surgiendo, en ocasiones incluso en forma violenta. Algunas veces se afirma que plantear la cuestión étnica en África es debilitar

Estado nacional en Nicaragua", presentado a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en abril, 1983); Robin Schneider y Klaudine Ohland, *Nationale Revolution und Indianische Identität. Der Konflikt Zwischen Sandinisten und Miskito-Indianers an Nicaraguas Atlantikküste*, Wuppertal, Edition Nahua, 1982; Roxanne Dunbar Ortiz, *Indians of the American. Self-Determination and International Human Rights*, 1983 (manuscrito inédito).

⁶⁶ Véase, entre otros, Samir Amin, *Classe et nation dans l'histoire et la crise contemporaine*, París, Ed. de Minuit, 1979; G. Glezerman, *ob. cit.*

aún más el Estado nacional, ya de por sí débil, y obstruir la tarea de la construcción nacional. Empero, ha habido muchos llamados recientes a la revalorización del pluralismo étnico en el marco del Estado, y en Benin, por ejemplo, la nueva constitución establece el pluralismo étnico y cultural como un elemento esencial de la organización del Estado.⁶⁷

Los movimientos étnicos y las organizaciones basadas en la identidad étnica han readquirido relevancia en nuestro tiempo. Las demandas étnicas están surgiendo nuevamente en el escenario político. Frente a las tareas monumentales de la construcción nacional y del desarrollo económico y social, los teóricos y planificadores rechazan cada vez más los enfoques tecnocrático y reconsideran el papel de los valores culturales y de los sistemas sociales en el desarrollo. El Tercer Mundo se ha movilizado, desde hace algunos años, alrededor de la demanda de que se respete la identidad cultural en el proceso de desarrollo, y que éste se lleve a cabo en armonía con las tradiciones culturales. La UNESCO ha sido uno de los foros internacionales en los que más se ha oído estas exigencias.⁶⁸ ¿Pero de quién ha de ser las tradiciones culturales que deben respetarse si, como hemos visto, en muchos países del Tercer Mundo es sumamente difícil identificar una sola cultura nacional? Con frecuencia la demanda por el respeto de la identidad cultural se limita a la del grupo étnico dominante, pero el mismo respeto que las élites piden para sí no es otorgado a las minorías culturales oprimidas dentro de los estados nacionales. Un ejemplo dramático, en este sentido, lo constituyen precisamente los indígenas en América Latina. En los foros internacionales, las élites latinoamericanas pregonan con frecuencia la superioridad de sus valores culturales con respecto a la cultura materialista anglosajona y se quejan de la excesiva norteamericanización de nuestras sociedades. Al mismo tiempo, manifiestan con frecuencia un total desprecio por la identidad cultural de las sociedades indígenas en sus países.⁶⁹

⁶⁷ Con respecto a la problemática africana, pueden verse los trabajos de la reunión de expertos sobre etnodesarrollo y etnocidio en África, organizada por el Centro de Estudio para el Desarrollo Africano (CEDA), Ouagadougou, Alto Volta, y la UNESCO, en marzo de 1983.

⁶⁸ Véase las actas de la Conferencia Mundial de Políticas Culturales, organizada por la UNESCO en la ciudad de México en agosto de 1982.

⁶⁹ En las Naciones Unidas, durante las discusiones que procedieron a la adopción del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, los delegados latinoamericanos

El respeto a la identidad cultural de los pueblos no puede ser un mero derecho pasivo, tal como lo establece el ya aludido Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos en su artículo 27, en donde se dice que no se negará a las personas que pertenezcan a las minorías étnicas el derecho que les corresponde a tener su propia vida cultural y a emplear su propio idioma. El respeto a la identidad cultural de los pueblos debe ser un derecho activo, que se traduzca en políticas de apoyo al desarrollo cultural de las minorías. Este es el proceso que podemos llamar "etnodesarrollo", es decir, el desarrollo de los grupos étnicos en el marco de la sociedad global, y que a todas luces puede llegar a ser uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo, tanto en términos prácticos y políticos como en términos teóricos y analíticos.

Desde luego, no existe un proceso evolutivo unilineal que conduzca de la existencia de una multiplicidad de grupos étnicos a una sola cultura mundial, así como no existe una evolución unilineal de una economía subdesarrollada a una economía desarrollada. Hay quienes afirman no sólo la inevitabilidad sino también la deseabilidad de una sola cultura mundial, sobre todo echando mano de los medios multitudinarios de comunicación que, por cierto, contribuyen en gran medida a la destrucción de las minorías culturales y a la imposición mundial de un solo modelo cultural dominante. Pero la realidad es recalcitrante: las culturas resisten, los grupos étnicos se defienden, las minorías se agitan y se movilizan, y el pluralismo cultural, como hecho y como derecho, tiene buenas perspectivas en el mundo actual.

El verdadero pluralismo cultural, el que se basa en los millares de grupos étnicos que hay en el mundo, tiene que enfrentar orgullosamente el modelo dominante del Estado nacional. No hay razón alguna, a mi juicio, que justifique que alrededor de 150 estados nacionales (cuyo tamaño y complejidad varían desde Santa Lucía a China, desde Tonga a los Estados Unidos), sean unidades más factibles y viables para el desarrollo que los milla-

generalmente negaban que existieran minorías étnicas en sus países, salvo acaso diversos grupos de inmigrantes recientes, y afirmaban que en todo caso la política a seguir era la asimilación. Véase Capotorti, *ob. cit.*; Inis Claude, *ob. cit.* Sobre la política indigenista y las reivindicaciones indias en América Latina, véase G. Bonfil, *ob. cit.*; Rodolfo Stavenhagen, "Indian Ethnic Movements and State Policies in Latin America", *Praxis* (London), 1982; Marie-Chantal Barre, *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, México, Siglo XXI Editores, 1983.

res de grupos étnicos que existen. No hay razón alguna, en teoría, para que los kurdos o los vascos tengan menos derecho a la autodeterminación que los palestinos, o que, digamos, los holandeses. Las razones son, desde luego, históricas y políticas, y con frecuencia militares. En mi opinión, es necesario en años venideros tratar de integrar nuestro conocimiento parcial y fragmentario de la dinámica étnica del mundo en nuestro análisis teórico de las cuestiones del desarrollo económico, social y político.

El tamaño y el número de las naciones en el sistema internacional es un asunto práctico y político. Nadie parece estar satisfecho con los cerca de 160 estados que existen actualmente. Parece incongruente, en efecto, que una pequeña isla en el Caribe o el Pacífico, con menos de cien mil habitantes, pese igual en el sistema internacional, cuando menos formalmente, que mil millones de chinos. Existen países pequeños que simplemente no son viables como tales. Por eso ha habido tantos intentos (fallidos, la mayoría) de integración o federación regional. Se dice a veces que convendría crear 20 a 25 estados de tamaño, recursos y poder más o menos equivalentes en el mundo para contrarrestar la actual tendencia a la polarización entre superpotencias, por una parte, y a la fragmentación de las pequeñas naciones, por la otra.⁷⁰ Pero en este proceso, ¿qué pasaría con los miles de grupos étnicos? Por supuesto, no podría argumentarse que cada grupo étnico, cada minoría cultural en el mundo tuviera su propio Estado nacional. Por el contrario, la crítica del Estado nacional o, cuando menos, del Estado etnocrático, conduce precisamente en la dirección opuesta, es decir, a la constitución de estados multinacionales, multiculturales, multiétnicos, en los cuales las comunidades étnicas pueden encontrar oportunidades iguales para su desarrollo económico social y cultural, en el marco de la sociedad global.

Esto se dice fácilmente pero curiosamente no es muy aceptado. Ya nos referimos brevemente a la situación de los países socialistas. En la India se ha tratado de enfrentar este problema mediante la creación de estados lingüísticos y la fórmula de tres idiomas en el sistema educativo (la lengua vernácula, la lengua oficial del Estado y el hindi como lengua vehicular nacional), así como otras medidas tendientes a la igualdad entre grupos étnicos

⁷⁰ Rajni Kothari, *Footsteps into the Future: Diagnostic of the Present World and a Design for an Alternative*, New York, Free Press, 1974.

culturales.⁷¹ La India considera que es menos costoso en términos humanos y sociales enfrentar de lleno el problema que ignorarlo (pese a la intensidad de los conflictos que a veces se presentan). Pero otros países no han sabido mostrar la misma sabiduría en su política social y cultural.

En Europa occidental las minorías culturales reclaman cada vez con mayor insistencia el respeto a su identidad étnica y propugnan por un auténtico desarrollo regional en el marco de la descentralización administrativa, la planificación económica regional y la integración supranacional. Más de veinte minorías culturales, no constituidas en Estados nacionales, reclaman actualmente este derecho en Europa occidental.⁷²

El etnodesarrollo, entendido como el derecho activo de las minorías culturales y de las etnias dominadas, es lo contrario del etnocidio y de la etnocracia, tal como se utilizaron estos conceptos anteriormente. La idea del etnodesarrollo puede criticarse, y de hecho ha sido criticada desde varios puntos de vista. Ya hemos mencionado la ideología del Estado nacional, que por lo común es contraria al etnodesarrollo. Por supuesto, existen poderosos argumentos en favor del fortalecimiento del Estado nacional, sobre todo en un mundo dominado por potencias imperialistas. Pero resulta igualmente difícil aceptar la razón de Estado en la violación de los derechos culturales colectivos de las minorías, como lo es aceptarla en la violación de los derechos humanos individuales. También ya hemos mencionado la interpretación dogmática de la dinámica de las clases sociales que ha conducido al olvido, si no es que al desprecio, de la dimensión étnica. Otra crítica más podría afirmar que la idea del etnodesarrollo tendería a aislar a los grupos étnicos de las grandes corrientes culturales del mundo y a mantenerlos subdesarrollados. Podría utilizarse el etnodesarrollo como una justificación para mantener la segregación y la opresión cultural al negarse la posibilidad de la integración nacional. Un ejemplo extremo de tal situación podría ser el apartheid en África del sur y el llama-

⁷¹ J. Das Gupta, "Ethnicity, Language Demands and National Development in India", en N. Glazer y D. P. Moynihan (eds.), *Ethnicity*, *ob. cit.*

⁷² Riccardo Petrella, *La renaissance des cultures régionales en Europe*, Paris, Editions, Entente, 1978; y J. Krejci y V. Velinsky, *Ethnic and Political Nations in Europe*, London, Croom Helm, 1981. Anthony D. Smith, *The Ethnic Revival in the Modern World*, Cambridge University Press, 1981.

do “desarrollo separado” de los bantustanes, supuestamente independientes, que son verdaderos enclaves coloniales y constituyen una reserva de mano de obra para la minoría dominante blanca en ese país.

Este tipo de crítica del etnodesarrollo sería, por supuesto, injustificada, porque el etnodesarrollo se piensa como un proceso dinámico, creador, que liberará las energías colectivas para el desarrollo en vez de limitarlas. Y a final de cuentas, ¿qué es la gran corriente cultural del mundo sino la confluencia de múltiples pequeñas corrientes independientes? Pero si no permitimos que esas pequeñas corrientes independientes crezcan, entonces la corriente principal contendrá solamente las culturas dominantes, poderosas, con la exclusión de todas las demás.

